

académico y profesional que define al grupo de trabajo del *Seminario de literaturas y culturas populares de la Nueva España*.

LEONOR FERNÁNDEZ GUILLERMO  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Gerardo Fernández Juárez y José Manuel Pedrosa, ed. *Antropologías del miedo. Vampiros, sacamantecas, locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*. Madrid: Calambur, 2008; 320 pp.

El miedo es una emoción inherente a los seres vivos que parte del instinto de supervivencia o de aversión por aquello que se percibe como un peligro para uno mismo o para la comunidad en la que se vive. Y los humanos somos los únicos que llegamos a temer tanto los peligros reales como los que imaginamos, y es la palabra un importante vehículo para transmitir este tipo de sensación.

Tal como señalan los editores del libro que nos ocupa en esta ocasión, los miedos humanos “echan fuertes raíces en la memoria, se expanden y ramifican al ritmo exuberante de la voz que crea y transmite el rumor, se tiñen de estrafalarios colores del arte; hasta se mezclan, en ocasiones, con el extraño caudal del amor” (9). La sensación misma es, pues, uno de los principales motivos de diversas creencias, historias, mitos, leyendas, relatos que se transmiten de generación en generación y que, aunque difieren en cada cultura, tienen algo en común que hace que todos comprendamos y hasta experimentemos la sensación de terror, aun cuando estamos alejados del peligro expuesto.

Este libro contiene algunos ejemplos de lo que ha provocado el miedo en el ser humano; es una invitación a conocer y reconocer nuestros temores más constantes como el miedo a la muerte, a la oscuridad, a los seres naturales y sobrenaturales que nos acechan.

Como se señala en el prólogo, el volumen proviene de una idea surgida a partir de un seminario que se celebró en Toledo del 22 al 24 de octubre de 2007: “¡Qué viene el Coco! El género de los *asustachicos* en España e Iberoamérica”. Pero a pesar del título, los artículos de este libro nos permiten observar que los temores no tienen edad; en todo caso, con

los años se vuelven más terribles, porque se generan de hechos que, se piensa, podrían ocurrir en la realidad.

Un ejemplo de este tipo de sucesos, cuya factibilidad ha atemorizado a la gente en muchas culturas a lo largo de los siglos, nos lo recuerda Elena del Río Parra en su artículo “No tiene pulso: tipologías del miedo a ser enterrado vivo en la era preindustrial” (49-78). Esta forma de morir, a la que Feijoo “comparaba con las penas del infierno” (50), es tan terrorífica para el ser humano, que ha sido el motivo principal de historias, cuentos, leyendas, novelas enteras y hasta películas. La autora hace un seguimiento de la percepción que se ha tenido de esta tragedia a lo largo de la historia, de las reacciones de las ciencias médicas ante las enfermedades que daban apariencia de muerte; de las ocasiones en que el enterramiento en vida era un castigo o parte de un maleficio, cuando no de un cruel ritual para conseguir algún don, o por lo menos la prosperidad.

Elena del Río Parra nos muestra que existen en la tradición otras facetas de esta desgracia, aquellas que dan cuenta de que más allá de la sepultura pueden estar los muertos-vivos, los vampiros, los santos, las resucitaciones milagrosas, etc., que aparecen constantemente en cuentos, leyendas, relatos hagiográficos. Son creencias que finalmente reflejan la inquietud que la sepultura provoca en el ser humano.

Algo equiparable a la tragedia de ser enterrado vivo es la locura y los manicomios. Así, en el artículo “La sombra del miedo: locura, violencia y cultura en la Cataluña moderna” (79-118), Josep M. Comelles repasa la apreciación del loco en Cataluña, que seguramente se podría extender a otras regiones del siglo XIX en Occidente. En Barcelona, por lo menos, nos dice el autor, el “loco y la loca van dejando de formar parte de un paisaje cultural, para convertirse en extraños que provocan miedos” (100). En realidad, el miedo a los locos es una especie de temor al *otro*, uno de los temas principales de este libro, que pone al descubierto que en la actualidad gran parte de los rumores y leyendas que circulan en la tradición oral se basan en la incapacidad para aceptar a los otros, sean locos, enfermos, o bien, personas con costumbres diferentes a las nuestras. Muchos de estos terrores se basan en prejuicios que ya son antiquísimos; por ejemplo, el que hoy en día todavía se siente por ciertos grupos, como el de los gitanos, prejuicios estudiados por Alvar Jones Sánchez

en su artículo “Representaciones enraizadas y vivencias cotidianas: las dos vertientes del miedo al gitano en Toledo” (197-219). Los rumores se acentúan cuando se llega a sentir que una persona o un grupo amenaza nuestra seguridad, que puede ser física, moral o incluso económica. El ejemplo más claro es el de las leyendas que se han generado en torno a las tiendas de chinos, cuya expansión ha dado lugar a muchos rumores. Se ha acusado a los propietarios de acciones tan terribles como asesinatos o secuestros. Y a los propietarios de restaurantes chinos se les llega a acusar de algo tan inverosímil como ofrecer carne humana en su menú. Véanse a este respecto los artículos “Leyendas vivas en Portugal: el robo de órganos en las tiendas de los chinos” de J. J. Dias Marques (259-296) y “De los *compraniños* a *La sonrisa del payaso*: el papel de las leyendas urbanas en la perpetuación de miedos locales y globalizados”, de Luisa Abad y Daniel García Sáinz (297-318).

En cuanto a la manera en la que este tipo de rumores se desarrollan y se expanden, así como de los efectos que pueden producir en la población, resulta interesante el artículo “La fuerza de lo imaginado o el temor présago: miedo al futuro desde el pasado en las leyendas actuales” (243-257), en donde Luis Díaz Viana advierte sobre el papel de la palabra en la creación del temor, que “no necesita que algo haya sucedido para existir y circular en forma de rumor o leyenda; y que la elucubración sobre ese hecho truculento que se teme como posible puede tener efectos perfectamente reales de distinta clase, e incluso provocar que algo termine ocurriendo” (245).

Entre los ejemplos que el investigador expone —algunos de otros tiempos, otros de la actualidad—, me gustaría mencionar el de la leyenda de los turistas españoles que adoptan un animal durante su último viaje a África. La historia termina cuando la pareja descubre que su adquisición es en realidad una rata del desierto que acaba por devorar a todas las mascotas de la casa. Díaz Viana comenta: “es significativo, en este sentido, que ratas, perros y personas aparezcan como intercambiables en estos relatos. Perro y rata pueden ser metáforas claras del emigrante, en algunos de estos relatos, de forma bastante palmaria o casi explícita” (251). Así pues, el rumor, sea oral, escrito o por Internet, puede en realidad entrañar otro tipo de actitudes más temibles, como el racismo. Díaz Viana advierte que “la realidad no es lo que parece” y sugiere internarse

en el miedo mismo, a fin de encontrar las verdaderas raíces de las leyendas, puesto que no es posible tomarse todos los rumores “a broma o como mentirijillas” (255). En ocasiones, dentro de cada historia, puede haber una base de prejuicios y de temores que no llegamos a desentrañar fácilmente, pero que llegan a insertarse en el inconsciente y generar sentimientos y reacciones terribles, como las descritas arriba.

Los seres humanos, como puede observarse, suelen poner etiquetas sobre las personas, con el fin de ejercer un control sobre ellas. Cuando la persona etiquetada se sale de los límites impuestos se le considera un peligro más o menos grande para la sociedad. Todo esto se puede apreciar también en el artículo de José Manuel Pedrosa, “Vampiros y sacramantecas: dieta blanda para comensales tímidos” (15-48), que nos muestra cómo a lo largo de los siglos, en mitos, historias y leyendas, se ha calificado a los otros a partir de lo que consumen y de su manera de comportarse cuando comen. El autor, por medio de un interesante conjunto de ejemplos, tomados de la Biblia, de la mitología Griega, de cuentos, de leyendas infantiles, urbanas, etc., nos muestra cómo la comida ha sido la base de tabúes, ritos, religiones, creencias, y cómo la humanidad ha llegado a calificar, catalogar, aceptar, detestar e incluso temer a los demás:

El modo de comer no es solo un rasgo de personalidad (individual), sino también —y ello acaso en mayor medida— una marca de identidad (colectiva). Desde la antigüedad más remota, los hábitos alimenticios de cada individuo han estado regidos por la cultura gastronómica de la comunidad, y las representaciones que cada pueblo elaboraba de sí mismo y de los demás pueblos tenían mucho que ver con el modo de comer regular o típico (o de lo que era percibido como tal) de *los unos* y de *los otros* (15).

Los *otros*, en realidad, somos todos, comenta el autor, algunos más inofensivos que otros. Los más terribles son los que aparecen en los cuentos y leyendas, los que se alimentan —o incluso comercian— con los fluidos vitales de los miembros de su propia especie, como el sacramantecas, el vampiro, el caníbal, incluso el doctor que extrae la sangre o los miembros de sus víctimas, en fin, todos aquellos que se acercan

más a la bestialidad y que son aún más terroríficos que cualquier ente sobrenatural, porque “el ogro o el monstruo son un *otro* exhibicionista y fanfarrón frente al que es fácil tomar precauciones; el vampiro o el sacramantecas son *de los nuestros*, son compañeros de especie y, además, tímidos, escurridizos, miméticos con el entorno. Son *nuestros dobles*” (30). Como señala Reigosa, en su artículo “Geografías del miedo: lugares de la Galicia mágica en que habitan los monstruos” (221-241), este grupo de monstruos, junto con los asesinos en serie o aquellos que disfrutaban causando el mal a sus semejantes, puede ser más terrible, puesto que “no hay ritos específicos, ni fórmulas mágicas o religiosas capaces de protegernos de este tipo de monstruos”.

Otro asunto es el de los monstruos imaginarios, aquellos cuyo colorido y riqueza han alimentado la tradición oral y escrita durante siglos, mostrando la capacidad de los seres humanos de crear imposibles asombrosos. En la obra comentada se nos presentan algunos ejemplos de este tipo de seres: personajes de mitos y leyendas provenientes de diferentes zonas europeas y americanas. Así, en los artículos “Terrores de agosto: la fascinación del *Anchanchu* en el Altiplano aymara de Bolivia” (119-144), de Gerardo Fernández Juárez, o en “Un pueblo sitiado: miedos y entidades terribles en la construcción del espacio social de una comunidad surandina” (145-196), de Francisco M. Gil García, encontramos entidades sobrenaturales asombrosas: dioses, brujas, demonios, espectros, ogros, que reinan en algunas regiones de Sudamérica, como los Chaka abuelos, seres antropófagos que viven en algún lugar de Santiago, o como los *saxras*, seres diabólicos bolivianos que aparecen en las noches de agosto:

pueblan las cárcavas desoladas y las gélidas *apachitas*, barridas por los vientos. Agosto es tiempo de miedos en las comunidades aymaras; se evitan los matrimonios y se cumple con la costumbre de ofrecer pagos ceremoniales a la tierra, la *pachamama*, ya sea desde las cumbres de los principales cerros ceremoniales de la comunidad donde habitan los *achachilas*, los venerables tutores ceremoniales de las comunidades, o bien desde las propias chacras de cultivo (119).

Sería imposible enlistar a todos los monstruos que se dan cita en este libro; me gustaría solamente recordar aquí un ser sombrío casi triste,

proveniente de Santiago: el *Chullpa*, el condenado, el ser que se adueña de los espacios de los vivos; guardianes, por otra parte, de tesoros antiguos. Este tipo de ser, que sirve también para asustar a los niños:

Parece que estoy viendo a mi comadre Eva regañar a los más pequeños: “Sopa vas a comer. Si no, chullpa te vas volver”, o “Mira, el Francisco sabe comer sopa. Si comes sopa, tan alto vas crecer. Si no, chullpa te vas volver”. Volverse chullpa en el sentido de no crecer, de quedarse constituido a semejanza de esos cuerpos abrasados por los rayos solares primigenios que aparecen en el interior de las estructuras chullparias, huesos y piel seca (157).

En cuanto al continente europeo, Reigosa menciona algunos de los seres que habitan en la tierra de Galicia, como el *Trasno de Choco*, que imita el cencerro de una vaca (239), o los *Demachiños*, demonios microscópicos que ayudan a las brujas (236), etc. La tierra de Galicia tiene leyendas verdaderamente asombrosas, como aquella que cuenta que hay seres que poseen a los niños si su madre llega a comer un huevo poseído durante su embarazo. Todas estas historias, tanto las americanas como las europeas, nos permiten conocer, como decía antes, un asombroso cúmulo de motivos extraordinarios. Los sucesos, personajes e incluso la manera en la que se cuentan los relatos, tienen un aliento fantástico y maravilloso tan sorprendente, que provoca más admiración que temor.

Me gustaría seguir enumerando los monstruos y creencias que se nos presentan a lo largo de los artículos contenidos en *Antropologías del miedo*; baste, por ahora con dejar un adelanto para su lectura. Recordando, por último, lo que señala Díaz Viana cuando dice que “los antiguos seres sobrenaturales que nos visitaban se han vuelto ‘sobretecnológicos’” (247), porque el temor y sus agentes, así como lo que se cuenta, son siempre los mismos; solo hay que reconocerlo dentro de las palabras con las que el mismo miedo los colorea.

CLAUDIA CARRANZA

Universidad Intercultural Indígena de Michoacán